

# GEOGRAFIA Y LENGUAJE DE LAS COSAS

## La superficie y lo «invisible»

Giuseppe Dematteis

Doctor en ciencias políticas y económicas, profesor de la Facultad de Económicas de Turín y de la Facultad de Arquitectura de Venecia.

*El lenguaje como la poética de Italo Calvino en las Ciudades Invisibles descubre a los geógrafos nuevas imágenes del planeta. El determinismo geográfico da lugar a descripciones subjetivas que indagan la estructura interna de la esencia de las cosas físicas.*

**P**ARA el estudioso y el apasionado de la geografía, la obra de Italo Calvino presenta múltiples motivos de interés. Trataré dentro de los límites de este ensayo, de profundizar en uno solo que me ha impactado particularmente relejendo en esta ocasión algunas obras del desaparecido escritor. Me ha parecido que podría escoger un nexo no del todo casual entre la importancia que el lenguaje de las cosas tiene en la poética de Calvino y el papel que, en otro nivel, éste puede representar hoy en la descripción geográfica.

51

Para establecer este paralelismo, recurriré a un artificio que no pretende ser una interpretación de la obra de Calvino, sino solamente una especie de paráfrasis de los problemas de la geografía humana contemporánea a través de los diálogos entre Kublai Kan y Marco Polo en las *Ciudades invisibles* y ciertas reflexiones de *Palomar*.

Cuando en los años cincuenta empecé a reflexionar sobre una pasión por «lo invisible» que me hizo volver a la infancia, tuve antes que nada que compartir la desilusión que durante ya varios decenios había sufrido una geografía que después de haber, en los siglos pasados, explorado y conquistado la Tierra, se encontraba ahora sin nada más que descubrir.

Como para el Kublai Kan en las *Ciudades invisibles* su victoria sobre el espacio terrestre se estaba convirtiendo en una derrota: el mundo que los geógrafos creían ya haber inventariado y descrito, reducido en algo ordenado y limitado, después de esta conquista se presentaba para ellos y para sus contemporáneos como «una destrucción sin fin ni forma»<sup>1</sup>.

Así, desde hace ya casi un siglo, cada geógrafo digno de este nombre, renunciando a la ilusión de descubrir nuevas tierras, se esforzaba en ofrecer *nuevas imágenes del planeta*, de tierras que ya se conocían; había buscado *Ciudades invisibles* que tenían en común con aquellas de Marco

Polo de Calvino, la ansiedad de «discernir a través de las murallas y las torres destinadas a desmoronarse, la filigrana de un diseño tan sutil que escapaba de la mordedura de las termitas»<sup>2</sup>.

## El orden invisible de las ciudades

Este nuevo deseo de conquista, no tanto de tierra sino de la *estructura secreta* que la rige, es –tanto en la novela como en la historia de la geografía contemporánea– el principio de un largo error.

En ciertos momentos el mundo se presentaba como una serie de imágenes de caleidoscopio: una variación infinita de formas, pero todas derivadas de las combinaciones previsibles de un número finito de elementos.

Cuando «Kublai Kan estaba convencido de que las ciudades de Marco Polo se parecían, como si el paso de una a otra no implicase un viaje sino un cambio de elementos» le propuso: «De ahora en adelante seré yo quien describa las ciudades y tú verificarás si existen y si son como yo las he pensado»<sup>3</sup>. Pero el veneciano, que ha visto las ciudades viajando, le desilusiona: las ciudades inventadas sobre el papel con cálculo combinatorio, no tienen nombre ni lugar, «porque del número de ciudades imaginables hay que excluir aquellas en las cuales se suman elementos sin un hilo que los conecte, sin una norma interna, una perspectiva, un discurso»<sup>4</sup>.

52

Si los caminos de la inducción y de la casualidad no bastan, pensaron entonces los geógrafos, probemos a combinarlos con el potente medio de la deducción que nos permitirá transformar la Tierra de «lugar de la complicación superflua y de la aproximación confusa»<sup>5</sup> en sistema riguroso de relaciones espaciales previsibles. Con eso pensaban hacer finalmente que la geografía alcanzase un estado prestigioso de «ciencia».

Tal fue la ilusión de la geografía teórico-cuantitativa, nacida hacia finales de los años cincuenta entre el Báltico, el mar del Norte, el lago Michigan y la costa del Pacífico. Similar es la ilusión de Kublai, a juzgar por lo que dice, cuando Marco le «describe un puente, piedra por piedra(...) –¿Porqué me hablas de las piedras? Lo único que me importa es el arco. Polo responde: –Sin piedra no hay arco»<sup>6</sup>.

Pero Kublai no entiende todavía. Prueba entonces a transformar el lenguaje concreto e imprevisible de las cosas que Marco le dibuja sobre el pavimento como relato de sus viajes, en el lenguaje abstracto del ajedrez. «Desentendiéndose de la variedad de las formas de los objetos definía el modo de disponer unos con respecto a los otros sobre el pavimento de mayólica. Pensó: “Si cada ciudad es como una partida de ajedrez, el día que llegue a conocer sus leyes poseeré finalmente mi imperio, aunque jamás consiga conocer todas las ciudades que contiene”»<sup>7</sup>.

«Al contemplar estos paisajes esenciales, Kublai reflexionaba sobre el orden invisible que rige las ciudades, sobre las reglas a que responde su manera de surgir y cobrar forma, de prosperar y

adaptarse a las estaciones y de marchitarse y caer en ruinas. A veces le parecía que estaba a punto de descubrir un sistema coherente y armonioso por debajo de las infinitas deformidades y desarmonías (...) En adelante Kublai Kan no tenía necesidad de enviar a Marco Polo a expediciones lejanas: Lo retenía jugando largas partidas de ajedrez»<sup>8</sup>.

## Modelos espaciales y sistemas de poder

«El Gran Kan trataba de ensimismarse en el juego: pero ahora el porqué del juego era lo que se le escapaba. El fin de cada partida es una victoria o una pérdida: ¿pero de qué? ¿cuál era la verdadera baza? En el jaque mate, bajo el pie del rey destituido por la mano del vencedor, queda un cuadrado blanco o negro. A fuerza de descarnar sus conquistas para reducir las a la esencia, Kublai había llegado a la operación extrema: la conquista definitiva, de la cual los multiformes tesoros del imperio no eran sino apariencias ilusorias, se reducía a una tesela de madera cepi-llada: la nada...»<sup>9</sup>.

Una vez más será Marco, el viajero, quien sacará al sedentario Kublai de la desesperación, haciendo resurgir la imprevisible variedad del mundo de los signos que se escondían en el aparente vacío de las teselas de la tabla de ajedrez (las vetas, los nudos, los poros de la madera). «La cantidad de cosas que se podían leer en un pedacito de madera liso y vacío abismaba a Kublai; Polo le estaba hablando ya de los bosques de ébano, de las jangadas que descienden los ríos, de los atraca-deros, de las mujeres en las ventanas...»<sup>10</sup>.

Esta fue también la historia de la geografía humana de los años 60. El espacio geográfico, pensa-do tradicionalmente como una entidad real e identificado simplemente con la *métrica euclídea*, se convierte para los geógrafos teóricos analíticos en la ilusión de la tabla de ajedrez. También ellos creyeron poder descubrir las reglas objetivas del mundo real buscando relaciones espacia-les entre cosas abstractas (polos, ejes, centralidades, gradientes etc.)

También ellos —o mejor dicho algunos de ellos— se dieron cuenta que después de estas reglas estaba la nada; que las presuntas leyes espaciales de los modelos geográficos no eran más que la proyección sobre la superficie terrestre de las leyes implícitas en la métrica de la tabla de ajedrez.

Se trató en fin de un bello ejemplo, no por cierto el único, de cambio del código de la repre-sentación respecto a la realidad. Pero, y este sea quizá el punto más importante en la geografía, esta confusión no ocurre por casualidad. La métrica euclídea, y con ella la geografía, era ya desde hacia algunos siglos uno de los fundamentos de la civilización occidental moderna: era eficaz, útil.

*En los mapas geográficos se reproducía un orden que al mismo tiempo se producía en la reali-dad de las cosas. Pues tal orden parecía verdadero, natural, real, objetivo y, por tanto, también necesario y determinante. Y, en este aspecto «necesario y normativo» subyacía también y sobre todo un orden político social.*

Reflexionando sobre la experiencia del *modelado espacial* —extendida en aquellos años de la geografía a la planificación territorial y a la urbanística— podríamos decir como en *Palomar* que «aquello que los modelos tratan de modelar es siempre un sistema de poder; (...) lo que cuenta verdaderamente es lo que ocurre a pesar de ellos: la forma que la sociedad va tomando lentamente, silenciosamente, anónimamente, en los hábitos, en el modo de pensar y de hacer, en la escala de valores»<sup>11</sup>.

## **Del determinismo geográfico a la exploración de los signos de la superficie terrestre**

Representar estas formas latentes de la sociedad —de las diversas sociedades— a través de las formas materiales de los territorios y de los paisajes terrestres se convierte, después de la experiencia teórico analítica, en uno de los caminos más fecundos de la geografía humana.

Nunca había sido este un recorrido tranquilo, y lineal. No es fácil pasar del exceso de constricciones del viejo determinismo geográfico a la incómoda libertad o, si queremos, a la redundancia de un mundo cuya superficie volvía a resplandecer por un centelleo inagotable de signos: aquello mismo que hacía pensar a Palomar desde la azotea: «ya tanta y tan rica y variada es la vista de la superficie que basta y sobra para saturar la mente de informaciones y de significados»<sup>12</sup>. Existía el riesgo que le sucediera a uno lo que al visitante de Tamara, una de las ciudades invisibles donde «el ojo no ve cosas sino figuras de cosas que significan otras cosas», por lo que «como es verdaderamente la ciudad bajo esta apretada envoltura de signos, que contiene o esconde, el hombre sale de Tamara sin haberlo sabido»<sup>13</sup>.

Y aquí nacían las dudas: ¿había verdaderamente alguna cosa por descubrir en aquel laberinto de signos? La nueva exploración geográfica estaba todavía volcada en el descubrimiento del mundo externo o se despreocupaba de la exploración de nosotros mismos, de nuestros deseos, de nuestras angustias, traducidas en signos y en formas de la superficie terrestre: ¿sería algo parecido al test de las manchas utilizado por los psicólogos?

*La descripción del mundo, ¿podría continuar siendo una actividad pública, capaz, por tanto, de expresar claramente proyectos colectivos? o ¿tendría que reducirse a la simple descripción de paisajes internos, individuales, privados?*

Y todavía, ¿por qué para hablar de nosotros tenemos que hablar de la forma física de las cosas? Efectivamente, pensándolo bien, eso ha sido siempre objeto de la geografía, sólo que en principio no éramos muy conscientes, mientras hoy, que lo somos, no somos capaces de justificar este ciclo vicioso. Mejor dicho, a muchos eso les parece inútil, y con eso la geografía como ciencia del hombre. No obstante, Marco Polo que ha visitado Olivia nos introduce así su descripción: «Nadie sabe mejor que tú, sabio Kublai, que no se debe confundir nunca la ciudad con las palabras que la describen. Y sin embargo, entre la una y las otras hay una relación». Efectivamente, prosigue: «Si te describo Olivia, ciudad rica en productos y beneficios, para significar su pros-

peridad no puedo sino hablar de palacios de filigrana y cojines con flecos en los antepechos de los ajimeces; más allá de la reja de un patio, una girándula de surtidores riega un prado donde un pavo real blanco hace la rueda. Pero a través de estas palabras tú comprendes en seguida que Olivia está envuelta en una nube de hollín y de pringue que se pega a las paredes de las casas; que en el gentío de las calles los remolques, en sus maniobras, aplastan a los peatones contra los muros»<sup>14</sup> y así continúa.

Es pues ambiguo el propio lenguaje de las cosas o, como concluye Marco: «La mentira no está en las palabras, está en las cosas»<sup>15</sup>.

## Ambigüedad y contradicción del lenguaje de las cosas

Cuando describimos el mundo entre las cosas y el discurso hay pues una relación necesaria y al mismo tiempo ambigua. Es como si las contradicciones internas de las cosas se transfiriesen en los signos y en sus significados.

Pero entonces la tierra no es una simple reserva o repertorio de signos que podamos usar de manera totalmente arbitraria para hablar exclusivamente de nosotros. Si las descripciones geográficas hablan de nosotros, hablan también de la tierra y el mundo y viceversa. ¿Qué podemos decir, entonces, de estas entidades externas, de las que hasta hace poco nos conformábamos al considerar desconocidas?

Estamos en una encrucijada: por una parte hay una travesía que lleva a la última esencia de las cosas, al espíritu originario de los lugares etc. Todas son cosas que se parecen mucho al arco del puente sin piedras, o bien a Leandra, ciudad invisible animada por una eterna y fútil disputa entre Lares y Penates sobre quién de los dos representa la *esencia originaria de la ciudad*<sup>16</sup>.

El otro camino nada fácil, que se parece mucho al calviniano «precipitarse por la pendiente de las escaleras» citado por Sapegno, nos lleva a pensar que no es importante saber si el origen primero de la ambigüedad y de la contradicción se encierra en las cosas o en el hombre o en ambos. Para comprender la «mentira» que está en las cosas es suficiente darse cuenta de que todas las relaciones que los hombres tienen entre ellos pasan siempre y necesariamente a través de las cosas y son luego, por decirlo así, registradas, incisas sobre la superficie de la Tierra.

Por tanto, hablando de cosas nosotros describimos siempre paisajes humanos; hablamos, también sin quererlo, de relaciones entre hombres, es decir, entre entidades que se constituyen, por lo que sabemos, dentro de una red de cambios, de comunicaciones, de interacciones, que está hecha también de cosas materiales y en mutación continua.

Lo que describimos es en definitiva un nacer, un madurar y un morir. Por lo cual tenemos que afrontar el riesgo de no conseguir nada, esta vez, sin las tablillas de madera de arce, capaces con sus vetas de traernos las cosas a la superficie cambiante e inmensurable.

Hay en resumen, en el fondo de este itinerario, la conclusión amarga de Palomar o la duda que envuelve a Kublai y Marco en sus largos silencios («...la chamusquina de las vidas quemadas que forman una costra sobre la ciudad, la esponja hinchada de materia vital que no circula, el atasco de pasado, de presente y de futuro que bloquea las existencias calcificadas en la ilusión del movimiento: esto es lo que encontrabas al término del viaje») <sup>17</sup>.

Pero quizás existe un modo de escapar a estos destinos. Si visitamos Fedora, una ciudad asociada al deseo, vemos dentro de esferas de vidrio conservadas «las formas que la ciudad hubiese podido adoptar» <sup>18</sup>. De esa dice Marco Polo: «En el mapa del imperio, oh Gran Kan, deben encontrar su sitio tanto la gran Fedora de piedra como las pequeñas Fedoras de las esferas de vidrio. No porque todas sean igualmente reales, sino porque todas son sólo supuestas. La una encierra todo lo que se acepta como necesario cuando todavía no lo es; las otras, lo que se imagina como posible y un minuto después deja de serlo» <sup>19</sup>.

Hay pues un momento en el cual algo no es todavía necesario, aunque ya lo parece, y todo es todavía posible. Y la historia puede ser pensada, vista y construida como una sucesión de esos momentos.

Si es verdad lo que dice Marco, esto quiere decir que «el catálogo de las formas está agotado: hasta que cada forma no haya encontrado su ciudad, nuevas ciudades continuarán naciendo» <sup>20</sup>, uno de los modos de escapar de la necesidad y de la desesperación es buscando continuamente nuevas formas a las que puedan corresponder nuevas ciudades.

*Esta es, a mi entender, la esencia de la imaginación geográfica: la capacidad de descubrir, en la gran confusión de signos que anima la superficie del Planeta, la forma de mundos que pueden nacer del fondo oscuro de la Tierra para ser propuestos, aceptados y luego realizados dentro de la red de interacciones humanas. La capacidad, y diría también el coraje, de sorprender así por un instante —que de otra manera se puede repetir continuamente, casi mágicamente— la fuerza latente del mundo que nosotros mismos habíamos creado un instante antes» <sup>21</sup>.*

Tal vez los mundos que deberíamos siempre descubrir y construir no los encontremos ya existentes en «lo invisible» pero ciertamente «lo invisible» nos ayuda a encontrarlos.

Por tanto, Marco debía viajar siempre si quería describir ciudades invisibles que, como «los sueños, están construidas de deseos y de temores» <sup>22</sup>, y por eso «tenían esta virtud: que se podía dar vueltas con el pensamiento entre ellas, perderse, detenerse a tomar el fresco o escapar corriendo» <sup>23</sup>.

«Lo invisible» entonces se convierte en rotura de los límites puestos a las cosas que nos rodean, o más realísticamente, en rotura de las constricciones que creábamos continuamente en torno a las imágenes, los modelos de las cosas (cuando «el modelo se convierte en una especie de fortaleza cuyas tupidas murallas esconden lo que hay fuera» <sup>24</sup>).

«Lo invisible» nos sugiere una fuga a un mundo más allá de nuestro horizonte limitado: una fluidificación de las constricciones espaciales y, por tanto, de las formas mismas; una transforma-

ción continua. Así habla directamente a la imaginación geográfica, la cual sabe utilizar la forma necesaria de las cosas para ir más allá de ellas y de su propia maravilla.

«También las ciudades creen que son obra de la mente o del azar, pero ni la una ni el otro bastan para mantener a pie sus muros. De una ciudad no disfrutas las siete o las setenta y siete maravillas, sino la respuesta que da a una pregunta tuya. O la pregunta que te hace obligándote a responder, como Tebas por boca de la esfinge»<sup>25</sup>. ©

NOTAS:

\* Con «lo invisible» se traduce la palabra *l'altrove*, cuya traducción literal es, *el otro lugar, la otra parte o lo demás*, pero que aquí se refiere a «lo invisible» de *Las ciudades invisibles* de Italo Calvino.

<sup>1</sup> Italo Calvino. *Las ciudades invisibles*. Ed. Siruela Bolsillo, 1994. p. 21

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 21.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 57.

<sup>4</sup> *Ibid.* p. 57.

<sup>5</sup> *Palomar*. Einaudi, Torino 1983, p. 47.

<sup>6</sup> *Las ciudades invisibles*, p. 96.

<sup>7</sup> *Ibid.* pp. 131-132.

<sup>8</sup> *Ibid.* p. 132.

<sup>9</sup> *Ibid.* p. 132.

<sup>10</sup> *Ibid.* p. 140.

<sup>11</sup> *Palomar*, cit., pp. 112-113.

<sup>12</sup> *Ibid.* p. 57.

<sup>13</sup> *Las ciudades invisibles*. pp. 28-29.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 75.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 76.

<sup>16</sup> *Ibid.*, pp. 84-85.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 112.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 45.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 112.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 148.

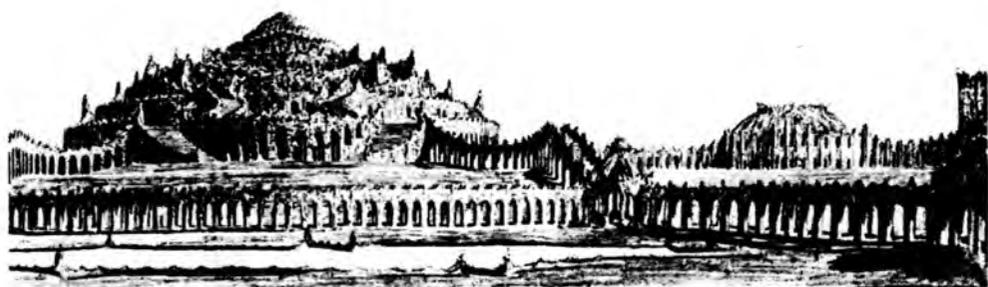
<sup>21</sup> Ho argomentato queste tesi in «Nella testa di Giano. Riflessioni sulla geografia poetica», *Riv. Urbanistica*, 82 (feb. 1986), a cui rinvio per una trattazione più approfondita del tema.

<sup>22</sup> *Las ciudades invisibles*. p. 53.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 58.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 113.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 58.



Evadirse de la civilización técnica uniforme.  
Reencuentros de la mirada nostálgica con una arquitectura geomórfica (edificios montaña).  
Proyectos, visiones de un posible equilibrio entre las dos naturalezas.